

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 12, 1-4a): **Haré de ti un gran pueblo.**

Salmo (32, 4-5.18-19.20 y 22): **«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros»**

2ª lectura (2ª Timoteo 1, 8b-10): **No por nuestros méritos.**

Evangelio (Mateo 17, 1-9): **Este es mi Hijo. Escuchadle.**

Una de las enseñanzas que recibí de mis mayores que surgen de la sabiduría de la vida, es la de “tener palabra”, la de cumplir las promesas hechas. Aunque las cosas no vayan como esperamos aunque las personas cambien, y aunque sea mucho más difícil cumplir que prometer, una promesa ha de mantenerse siempre, hay que ser gente de palabra. Esta serie de cosas aprendidas en casa, tan importantes para la vida, chocan con ese mundo más grande y más complicado, en el que la sabiduría del hogar tiene poco valor.

En ese mundo la palabra que se da son “voces que se lleva el viento” y las promesas se difuminan en el papel mojado donde se escriben. Por eso tenemos que escrutar la letra pequeña de cualquier contrato, guardar bien la garantía de cualquier producto, o grabar la conversación con el cliente o el jefe. Se trata de otra sabiduría muy distinta de la de casa, es la ley de la selva.

Es tan habitual saltarse las promesas, que han tenido que surgir figuras que la salvaguarden: el notario (que da fe del mismo), el abogado (que te explica sus términos), el defensor del consumidor, del pueblo (al que puedes reclamar), el auditor (que inspecciona la empresa), la oposición (para controlar al gobierno), etc...

Gran parte de nuestras relaciones se basan en la desconfianza mutua, porque siguen el modelo de las relaciones económicas, del capital, en donde lo más importante es la defensa de la propiedad individual, del bien propio frente al bien del otro. Hay que desconfiar, porque aquel con el que hago el trato mirará antes por su interés que por el mío, y en el cumplimiento de sus promesas siempre prevalecerá su propio beneficio.

Un gesto tan habitual como el de saludarnos dándonos la mano remite a la desconfianza de comprobar en un intercambio comercial que el otro no esconde un “as” debajo de la manga. Sin embargo, nos es posible desplazar estos significados económicos de nuestras relaciones y devolverles los de la sabiduría de casa, que nos enseña que vale más conocer al otro, establecer vínculos de confianza más allá de costes y beneficios, y de cumplir las promesas que hagamos.

La Cuaresma es tiempo de reflexión del creyente sobre lo que significa serlo. Es la ocasión para volver la mirada a la experiencia del discípulo de Jesús que, como aquellos doce primeros, está junto a Él en el camino hacia la Pascua de Jerusalén, y día a día le observa, le escucha y se encandila con su persona. A la vez, acompañando a Jesús, los cristianos en Cuaresma revisamos nuestra vida a la luz de la de Jesús, porque creer, según el sentido del Evangelio, es ser y hacer: ser al estilo de Jesús y hacer según Él hizo el bien.

La lectura de este domingo nos hablan de la fe de Abrahán y de la fe en Jesús: de Abrahán, como persona que cree, y de Jesús, como la persona en quien creer. La fe se presenta como invitación a arriesgarse por algo que es incierto: por unas promesas que parecen imposibles de cumplir, tanto por quien las hace como por lo que supone hacerlas. A Abrahán, un hombre sin tierra y sin descendencia, para quien eso lo significa todo, Dios promete mostrarle un lugar donde vivirá feliz y que esta felicidad perdurará, que tendrá la alegría de compartirla con sus hijos.

La experiencia de Abrahán y de todos los que le hemos seguido, como hijos de este padre de la fe, es que Dios cumple lo que promete. En Jesucristo la promesa no solo se ha cumplido, sino que ha sobrepasado las expectativas sobre ella, porque la promesa de felicidad ya no se liga a un lugar o a unas personas concretas, sino que es posible en cualquier lugar y para quien la quiera. Pero, sin embargo, el que no se arriesga a fiarse de quien las hace y de cómo las hace, de un Dios que se muestra en debilidad y en lo escondido, no es capaz de seguir esperando en las promesas ni descubrir cómo se llevan a cabo.

Porque para Dios, más importante que lo que se promete, es confiar y amar al que promete. La fe no es creer en lo que no se ve, sino ver en la persona de Jesús, tal y como hicieron Pedro, Santiago y Juan en el monte Tabor, cómo se cumple lo que creemos para creer en quien vemos, y aprender así otra forma de ver, ser y hacer: la de Jesús de Nazaret, promesa cumplida y sobrepasada por la gracia.

Como le decía san Pablo a Timoteo, Dios dispuso darnos su gracia por medio de Jesucristo mucho antes de que lo mereciésemos, pero también mucho antes de que creyésemos en Él y en sus promesas, pues la fe tampoco es un mérito. A diferencia de lo que hacemos nosotros a menudo velando por nuestro propio interés, Dios cumple sus promesas por puro amor y pura confianza en el ser humano, y así nos invita a ser: cumplidores de promesas por fe y por amor.

En las tres lecturas que hemos escuchado, meditado y proclamado hay unos imperativos, que son invitaciones de la fe: «Sal», «Toma parte», «Levantaos»; porque Dios, si cumple lo que promete, es para invitarnos a hacer lo mismo y del mismo modo, es decir: prometer el bien a los que nos rodean confiando en ellos y queriéndoles, y así cumpliendo la más importante de todas las promesas posibles.